



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

RAISSA MARITAIN

(Prosigue)
Adolescencia

DIECISIETE años! Sólo diecisiete años y ya las más profundas exigencias del alma y del espíritu dejaban oír su voz. Toda una vida ha sido vivida, la de la infancia, la de la confianza sin límites. Ahora está presente la adolescencia, con su virtud propia: una exigencia total. En realidad, la adolescencia se enfrenta con el universo y le ordena comparecer, rendir cuentas, explicarse, justificarse, porque ella acusa ya a la vida. Se enfrenta también con sus maestros, con mirada serena, con espíritu ardiente; con las manos muy abiertas, vacías todavía de frutos de ciencia y sabiduría, pero puras como su mirada.

Si los maestros recordaran un poco su alma juvenil, cómo temblarían ante la ingenuidad que se les acerca con la misma confianza del niño, con los derechos ya de un justo juez. Pero los maestros de aquel entonces, a pesar de su bondad, de su abnegación y competencia, parecían olvidarlo todo; ellos mismos habíanse extraviado desde hacía mucho tiempo. De generación en generación alejábanse cada vez más de las grandes exigencias de la naturaleza física y las esperanzas infinitas que ella había suscitado, traía como consecuencia el desprecio por las disciplinas de la sabiduría, a la que aspiramos, sin embargo, antes y después, y por sobre todo conocimiento de ciencias particulares.

Los maestros cuya responsabilidad ante numerosas generaciones de estudiantes evoco aquí, no eran tanto los sabios como los filósofos, y entre los sabios, sólo aquellos que desbordando los límites de su ciencia y de su competencia, profesaban más o menos y simplista, en la que yo volvía a encontrar —y ahora afirmados por los maestros mismos— el empirismo ingenuo, el mecanicismo y el materialismo que ya había oído profesar a algunos de sus alumnos.

He aquí, pues, la Sorbonne en los albores de nuestro siglo, en los años que precedieron a la guerra de 1914. He aquí la Sorbonne que yo he conocido. No ha conservado ningún vestigio, ningún recuerdo de sus maestros de la Edad Media. Sus vastos anfiteatros, su magnífica biblioteca están decoradas con pinturas modernas, hoy ya ennegrecidas y desazonadas. Pero yo ignoro la Edad Media, no miro los frescos verdaderos o engrudados. Como el gato de que nos habla Kipling "que se iba muy solo", me voy completamente sola atravesando patios y pasillos repletos de una juventud ruidosa y conversadora. Completamente sola, sin conocer a nadie. A nadie hablo; no pretendo conocer a persona alguna. Sólo tengo que ver con esos maestros que, sin ser interrogados, van a responder ciertamente a todas las preguntas, me darán una visión ordenada del universo poniendo a cada cosa en su lugar, según esto sabré también cuál es mi puesto en este mundo y si puedo o no aceptar la vida que no he escogido, y que ya deja sentir su peso.

Lo que me emociona no es entonces la curiosidad, no ansío saber algo determinado, ni siquiera saber; no estoy presa de asombro por "los descubrimientos de la ciencia", por el momento los miro con indiferencia, como algo maravilloso, pero que no me interesa inmediatamente. No, sólo busco aquello que creo necesario para justificar la existencia, lo que me parece indispensable para que la vida hombre no sea algo absurdo y cruel. Tengo necesidad de la alegría de la inteligencia, de la luz, de la certeza, de una regla de vida basada en una verdad sin mancha. Con tales disposiciones evidentemente debería haberme dirigido a los filósofos. Pero nadie me había aconsejado. Y creía todavía que las ciencias de la naturaleza tenían la llave de todo el conocimiento.

Me inscribo en la facultad de Ciencias. Sigo los cursos de Bonnier, de Matruchot, de Haug, de Gentil, de Dastre y de Lopicque, y luego los de Giard y de Le Dantec. Estudio Botánica, Geología, Fisiología, Embriología. Naturalmente aquellos sabios eminentes que nos enseñan la estructura del Universo físico, no tratan mis "problemas". Son observadores admirables que tienen cariño por este tranquilo estudio de la naturaleza. Pero yo quisiera conocer a esta misma naturaleza de otro modo, en sus causas, en su esencia, en su fin. Un día me atreví a decirselo al profesor Lopicque. "¡Pero eso es propio de la mística!" exclamó indignado. Fórmula querida a los ojos de quienes desprecian la metafísica y tantas veces oída en la Sorbonne, donde servía para condenar toda actividad de la inteligencia, que ansía ir más allá de la simple constatación empírica de los hechos. Para mí esta respuesta fué la primera herida, el primer golpe asestado en mi propio espíritu a la confianza que tenía en mis maestros.

El más grande de mis amigos

Un día, al salir con tristeza de un curso de M. Matruchot, profesor de fisiología vegetal, ví acercarse a mí a un joven de rostro suave, de cabellos rubios y abundantes, de barba ligera, de andar un poco inclinado. Se presentó, me dijo que estaba formando un comité de estudiantes para suscribir un movimiento de protesta entre los escritores y universitarios franceses, contra los malos tratos de que eran víctimas los estudiantes socialistas rusos en su propio país. (Hubo en esa época en Rusia sediciones universitarias fuertemente reprimidas

por la policía zarista). Y me pidió mi nombre para dicho comité. He ahí mi primer encuentro con Jacques Maritain.

La actividad de este comité consistía en solicitar la firma de los representantes de la inteligencia francesa para una carta de protesta que Jacques debía enviar y que efectivamente envió a la Embajada de Rusia. Con él visité así a muchas celebridades cuyos nombres he olvidado, no porque no hayan seguido siendo célebres, sino porque no recuerdo ya a quienes visité entonces por orden del Comité. Habíamos obtenido numerosas firmas y cartas. El preciado legajo de esos autógrafos desapareció.

Muy pronto nos hicimos inseparables. Jacques era licenciado en filosofía, pero preparaba también una licencia en ciencias y frecuentaba los mismos cursos míos.

Después de clases me acompañaba a casa; a veces otros compañeros se juntaban con nosotros, pero casi siempre estábamos solos. Debíamos hacer un largo camino. Nuestras conversaciones eran interminables. Él descuidaba la hora de comida de su casa, lo que molestaba mucho a su madre y, sobre todo, a la cocinera; tanto más cuanto que en esa época se le había puesto en la cabeza, por "tolstoísmo", servir él mismo en la mesa. Cuando lo supe más tarde, tuve remordimientos, pero ¿podríamos pensar entonces, él y yo, en tales contingencias? ¿Existía algo al lado de todo lo que teníamos que decirnos?

¡Había que volver a pensar juntos el universo entero! el sentido de la vida; la suerte de los hombres; la justicia y la injusticia de las sociedades. Había que leer a los poetas y novelistas contemporáneos, frecuentar los conciertos clásicos, visitar los museos de pintura. El tiempo se iba con indecible rapidez; no podíamos perderlo en las banalidades de la vida.

Por primera vez podía hablar de mí misma, salir de mis reflexiones silenciosas para comunicarlas, dar a conocer mis tormentos. Por primera vez encontraba a alguien que a primera vista me inspiraba una confianza absoluta; alguien que, lo sabía desde entonces, no me decepcionaría jamás; alguien con quien nos entendíamos tan bien en todo. Otro Alguien había preestablecido entre nosotros, a pesar de las muchas diferencias de temperamento y origen, una soberana armonía.

Jacques Maritain tenía las mismas preocupaciones mías, idénticos problemas le inquietaban, y todo su ser estaba animado del mismo deseo de la verdad. Pero tenía, más madurez que yo, más ciencia y más ex-

perencia, y más genio sobre todo. Se convirtió, entonces, en mi gran apoyo. En ese tiempo su actividad interior era ya desbordante. Bondadoso, generoso y exento de todo prejuicio, parecía animado de un alma completamente nueva, que daba la impresión de dictarse ella misma su propia ley. No conocía el respeto humano porque sólo tenía el gran respeto de su conciencia. Poseía el don de "apasionar el debate" sobre cualquier tema, como se lo había reprochado su profesor de filosofía en el Liceo. Siempre estaba alerta para la iniciativa de una acción generosa, si la justicia o la verdad estaban de por medio. Su cultura artística era también de un nivel muy elevado, enormemente favorecido por su sentido innato de la poesía y de la belleza plástica.

Fué él quien me hizo descubrir el universo inmenso de la pintura. Con él fui por vez primera al Museo del Louvre.

La pintura

Recordando bien, me doy cuenta de que Jacques me hizo conocer a los grandes pintores, no al azar, sino observando cierto orden. Me condujo primero delante de las obras de los primitivos italianos, las que se aprecian evidentemente a primera vista, sin necesidad de educación anterior. Precisamente con ellos empieza esta educación en Occidente. El gran arte del pintor, como ignorándose a sí mismo, adórnase allí modestamente de gracia y hermosura. La belleza pictórica se une a la belleza de los modelos elegidos, como al interés de los "temas" tratados. El academismo no ha llevado todavía allí su frialdad, su orgullosa distancia, ni la brutalidad y mal gusto del engaño, de manera que nadie se equivoca al dejarse emocionar. Duccio, Giotto, Angélico, introducen, a la vez que a la belleza purificada, digamos así, de este mundo, al mundo de la benignidad y de la dulzura de la gracia divina, sin que uno piense en ello; y se nos hace feliz.

Mucho más que los primitivos italianos me emocionaron los de la Escuela francesa, que parecen perdurar en mí para siempre. ¡Cuánto me agradaba su factura sobria y dramática a la vez, la profundidad del sen-

tir doloroso que se desprende de sus obras, la gracia muy francesa de los rostros y de las actitudes; aquellos pequeños rostros de mujer, apretados como un puño, de nariz arremangada, de frente espaciosa, de sonrisa modesta y maliciosa, y aquel donaire de las Vírgenes con sus amplios vestidos e con sus túnicas que ya poco tenían de griego! ¡Cuán querida me era Francia a través de ellas!

Y las fotografías de los cuadros preferidos empezaron a invadir el departamento de mis padres. Con ellas entró también, en cierto modo, el cristianismo. La mayor parte de aquellas imágenes representaban en realidad Anunciaciones y Visitaciones, Natividades y Crucifixiones, Vírgenes, Angeles, Apóstoles y Santos. La belleza traía el lejano mensaje evangélico a través de los tiempos más felices de la Cristiandad. Admirábamos, amábamos la belleza del mensaje, ignorantes todavía de su verdad.

Los pintores fastuosos del Renacimiento italiano, español y flamenco, me deslumbraron. Pero el deslumbramiento no es necesariamente amor. Algo de frialdad nota-se en un arte tan maravillosamente consciente de sí mismo, y permite a la admiración cierto desapego que a veces rompe el encanto. En medio de tantos Maestros extraordinarios, más que Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Rafael, Ticiano, mucho más que todos ellos me gustaban Rembrandt y Zurbarán, el Greco y Giorgione. . . Zurbarán parecía cada vez más, el más religioso y místico de los pintores y Rembrandt el más contemplativo en su propio arte, el que realiza más interiormente su atmósfera propia. Rembrandt tiene un sentido incomparable de los personajes del Antiguo Testamento. Tal vez vió en las Sinagogas de los Países Bajos esos claros-oscuros deslumbrantes en las tinieblas de su noche llena de esperanzas, y creó una técnica apta para expresar esa belleza oculta, más misteriosa que camal. Es la perfecta antítesis de Rubens.

Rembrandt fué, sin embargo, la causa inocente de la primera y violenta discusión que tuve con Jacques; y donde comenzó a revelárenos la necesidad que teníamos de estar en toda ocasión absolutamente de acuerdo.